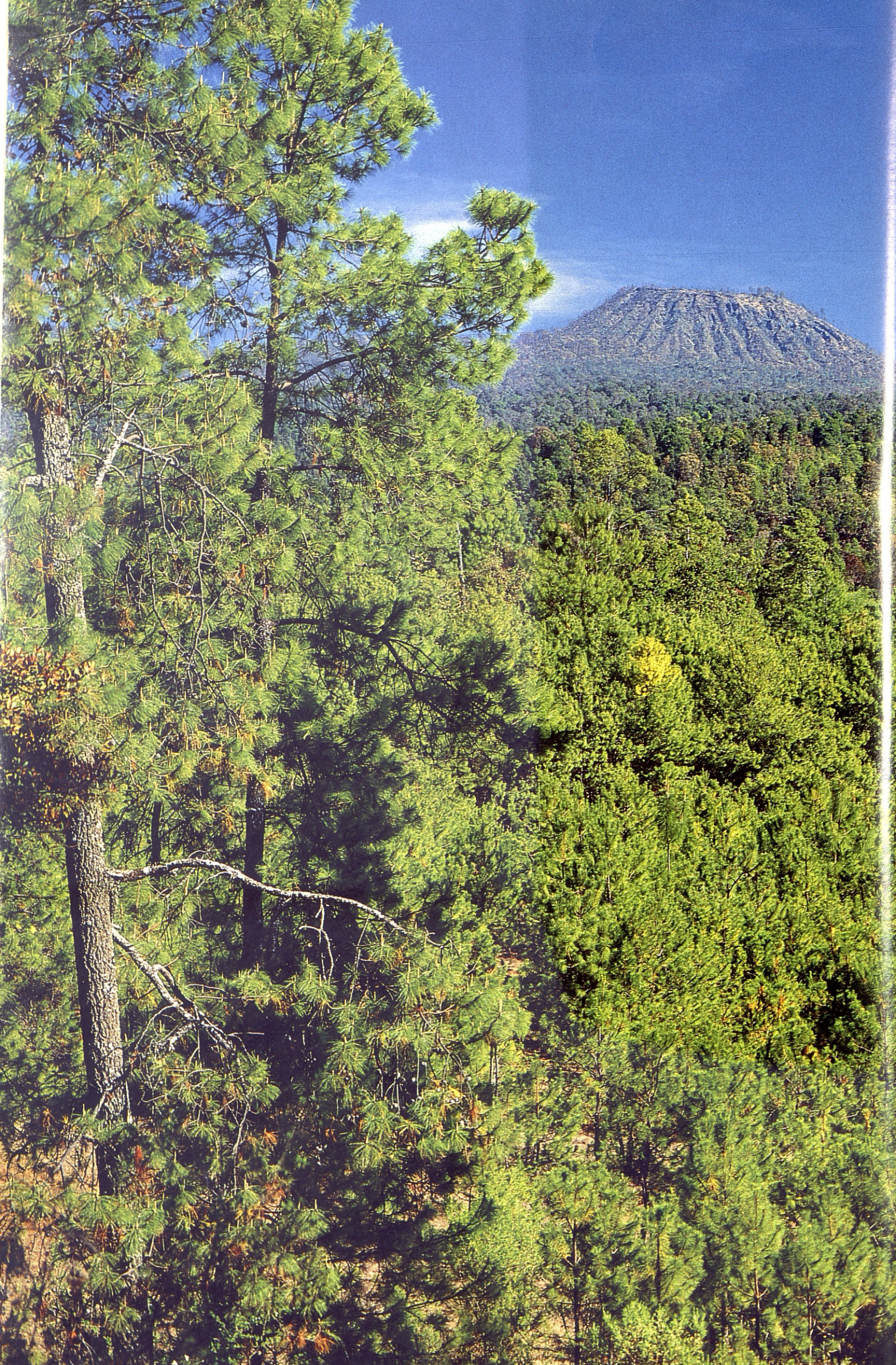






EL MICHHOACÁN
ANTIGUO

*Mexico Meridiana 9727 i reliqui ad
hunc continentem pro ratione 18. 1727.
Paral. 18. 1727.*







ESTADO Y SOCIEDAD TARASCOS
EN LA ÉPOCA PREHISPÁNICA

COORDINADORA

Brigitte Boehm de Lameiras

FOTOGRAFÍA

Ricardo Sánchez González

AUTORES

Ulises Beltrán

Eduardo Williams
Helen Perlstein Pollard
Efraín Cárdenas García
Dan M. Healan
Marie-Charlotte Arnauld
Marie-France Fauvet-Berthelot
Dominique Michelet
Francisco Valdez
Catherine Liot

PALEOGRAFÍA

J. Benedict Warren
Alberto Carrillo Cázares
Silvia Méndez Hernández



EL COLEGIO
DE MICHOACÁN



GOBIERNO DEL ESTADO
DE MICHOACÁN



ÍNDICE

PRESENTACIÓN
Brigitte Boehm de Lameiras

15

PRIMERA PARTE
ESTADO Y SOCIEDAD TARASCOS
EN LA ÉPOCA PREHISPÁNICA

Ulises Beltrán

PREFACIO

31

RECONOCIMIENTOS

33

LAS FUENTES

35

HISTORIA ANTIGUA DE MICHOACÁN

39

MICHOACÁN EN EL CONTEXTO
MESOAMERICANO

55

TARASCOS Y MEXICAS

81

ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LOS TARASCOS:
ESTRATOS DE LA SOCIEDAD TARASCA

91

ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y POBLACIÓN
DE LOS TARASCOS

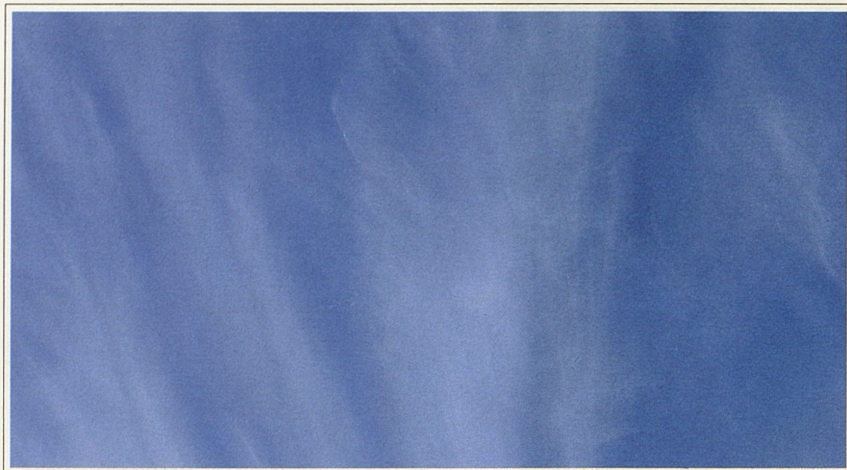
109

TENENCIA DE LA TIERRA Y MANO DE OBRA

123

TRIBUTOS Y CIRCULACIÓN DE BIENES

133



LOS TARASCOS BAJO EL DOMINIO
DE LOS ESPAÑOLES:
PANORAMA GENERAL DEL SIGLO XVI

141

CONCLUSIONES

159

SEGUNDA PARTE
ARQUEOLOGÍA TARASCA

LOS TARASCOS Y SUS ANTEPASADOS:
UNA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

Eduardo Williams

169

FACTORES DE DESARROLLO
EN LA FORMACIÓN DEL ESTADO TARASCO

Helen Perlstein Pollard

1. LA ECONOMÍA POLÍTICA EN LA
METALURGIA TARASCA PREHISPÁNICA

187

2. ETNICIDAD Y CONTROL POLÍTICO EN UNA SOCIEDAD
COMPLEJA: EL ESTADO TARASCO

203

3. LA CONSTRUCCIÓN DE IDEOLOGÍA
EN EL SURGIMIENTO DEL ESTADO TARASCO
PREHISPÁNICO

221

LOS YACIMIENTOS DE OBSIDIANA
DEL ESTADO TARASCO

Efraín Cárdenas García

251

PRODUCCIÓN Y USO INSTRUMENTAL DE LA
OBSIDIANA EN EL ÁREA TARASCA

Dan M. Healan

271

LOS TARASCOS DE MICHOACÁN
Marie-Charlotte Arnauld, Marie-France Fauvet-Berthelot
y Dominique Michelet

277



LA CUENCA DE SAYULA; YACIMIENTOS
DE SAL EN LA FRONTERA OESTE
DEL ESTADO TARASCO
Francisco Valdez y Catherine Liot

285

TERCERA PARTE
APÉNDICE DOCUMENTAL

EL PROCESO CONTRA PEDRO DE ARELLANO, SU
VALOR HISTÓRICO
Benedict J. Warren

335

ACERCA DE LA TRANSCRIPCIÓN
DE ESTE DOCUMENTO
Alberto Carrillo Cázares
Silvia Méndez Hernández

337

EL FISCAL CON DON PEDRO DE ARELLANO,
ESTANTE EN ESTA CORTE, SOBRE CIERTA ACUSA-
CIÓN QUE CONTRA ÉL LE PUSO

339

ÍNDICE DE SIGLAS

443

ÍNDICE DE CUADROS

444

ÍNDICE DE MAPAS

445

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

446

ÍNDICE ONOMÁSTICO

454

ÍNDICE TOPONÍMICO

460



PRESENTACIÓN

La memoria de los pueblos suele retener hazañas y hechos de los antepasados que son relevantes para la conformación de una identidad y para la toma de conciencia de una personalidad propia que les permite autovalorarse y convivir orgullosamente con otras culturas respetando sus diferencias.

Una triada de décadas ha sido de albricias para el pueblo michoacano, pues en ellas ha visto nacer, crecer y consolidarse las instituciones que hacen posible el trabajo de sus especialistas antropólogos, arqueólogos, etnohistoriadores, historiadores y lingüistas, todos ellos escudriñadores del pasado, así como la formación de científicos y profesionistas en estas materias. Las condiciones están dadas y ya han mostrado resultados importantes para la proliferación de conocimientos, plasmados en letra escrita, y para el encuentro en torno a la discusión crítica de un *curriculum* social a veces controvertido.

El Colegio de Michoacán, con sus Centros de Estudios y sus programas de posgrado, vino a sumarse a los espacios abiertos con anterioridad en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (la Escuela de Historia, 1973, y el Departamento de Historia, 1979, después rebautizado con el nombre de Instituto de Investigaciones Históricas, 1987), a la instalación en Morelia del Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y en Jiquilpan, del Centro de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", 1976.

Es indudable que la edición de este libro sobre *El Michoacán antiguo* es fruto de las nuevas perspectivas de colaboración y confrontación interdis-

ciplinarias, particularmente de la historia y la arqueología; y de la aplicación de preguntas antropológicas y sociológicas a los hechos del pasado, que permiten el estado actual de los conocimientos y los recursos institucionales.

Es en este contexto donde confluyen al diálogo franco los investigadores autóctonos y los provenientes de otros rumbos del planeta.



Si comparamos el número de proyectos de investigación arqueológica y etnohistórica, el monto de sus recursos económicos y humanos y la literatura que se ha generado sobre las sociedades del valle de México, Oaxaca, Veracruz, o de filiación maya, con las inversiones y los logros académicos sobre Michoacán y los tarascos, encontraremos una notable desproporción, por lo demás, incomprensible. Está bien demostrado que el Estado tarasco fue una entidad política fuerte y vigorosa, que resistió con éxito a los embates de conquista militar de los mexicas. Su cultura y la de los pueblos que habitaban el extenso territorio del occidente de México, si bien no dejaron un legado tan abundante en objetos artísticos e instrumentales, en vestigios arquitectónicos y

◀ VISTA PANORÁMICA DE LAS ESTACAS.

en documentos pictográficos y crónicas, manifiestan altos grados de civilización y de sofisticación científica, intelectual, estética y tecnológica.

Cada época histórica va imprimiendo su sello sobre las ideas e imágenes que cronistas y descriptores plasmaron en sus obras. De la misma manera los estudiosos suelen escoger los lugares y los temas de su interés de conformidad con las expectativas de aceptación que imponen las tendencias intelectuales de la sociedad en su momento. Existen, sin embargo, aquellos heroicos escudriñadores de archivos y bibliotecas y buscadores de vestigios arqueológicos que dedican sus esfuerzos a revelar situaciones y vidas pasadas que no se encuentran en el foco de atención impuesto por la moda. Su lista es larga y a ellos debemos la posibilidad de mostrar aquí un panorama comprensivo del Michoacán antiguo que, si bien presenta aún lagunas muy considerables, es un buen punto de arranque para detectar las prioridades que en el futuro debe atender la investigación.

La materia de este libro no es más que un compendio adicional a los volúmenes que se han publicado sobre el Michoacán antiguo. Entre los más destacados están la exhaustiva búsqueda documental y los esfuerzos interpretativos de Nicolás León de principios de nuestro siglo, así como la síntesis comprensiva elaborada por Mendieta y Nuñez. La mesa redonda convocada por la Sociedad Mexicana de Antropología sobre el occidente de México reunió trabajos que mayoritariamente se refieren a Michoacán y a los tarascos; asimismo, el *Handbook of Middle American Indians* contiene síntesis arqueológicas, etnohistóricas y lingüísticas sobre el pueblo que nos ocupa.

Más recientes son la *Historia general de Michoacán*, patrocinada por el gobierno del estado, cuyo primer volumen está dedicado a la geografía y a las sociedades prehispánicas, y el libro de Helen P. Pollard, *Tariacuri's Legacy (El legado de Tariacuri)*, que nos gustaría fuera accesible en español para la gente michoacana.

A riesgo de equivocarnos, podemos asegurar que ésta es la primera vez que se logra en la época moderna coordinar y reunir en una obra editorial exclusiva los esfuerzos de diversos investigadores por

describir y entender la formación y las características del Estado tarasco, conjuntados con la acción de un gobierno interesado y preocupado por promover la justa valoración del arte, la cultura y la historia de su pueblo.

Los autores que participan en este volumen no siempre están de acuerdo en todas sus interpretaciones. Lo menos que se debe hacer es respetar la opinión de cada uno de ellos y dejar al lector el juicio sobre lo que considere más convincente. La pluralidad de criterios es, además, la mejor forma de evitar que este libro se convierta en una "biblia" sobre los tarascos, pues cualquier resultado de la investigación social no es más que una proposición sujeta a crítica y a comprobación.

Más relevante es esta conjugación de esfuerzos y recursos humanos y económicos que permite que una región mexicana compita, en lo que respecta a la valoración de su pasado, con una tradición que se ha caracterizado por entronizar una visión centralizadora e impositiva de su papel monopolizador de la historia nacional.



Cuando los dioses de la creación quisieron enseñar a los tarascos los cuatro rumbos de su universo, miraron el terreno y, después de deliberar, decidieron hacer el trazo en el cielo. A sus pies y hasta donde la vista alcanzaba, el amontonamiento de cerros y montañas, barrancas, hondonadas y precipicios les indicaba que allí una línea recta resultaría absurda, inútil y hasta ridícula.

Este libro trata de aquel pueblo que hizo del agreste y escarpado paisaje michoacano su morada, que supo ordenar sus partes en una cosmovisión integrada y sacar provecho de sus diferencias para convertirlo en sede de uno de los Estados civilizados de la América precolombina.



▲ ÉSTA ES LA CIUDAD DE TZINTZUNTZAN, PATZCUÁRO Y POBLACIONES DE ALREDEDOR DE LA LAGUNA.

La rugosa topografía de la porción occidental de México que abarcara el imperio de los tarascos, y donde hoy en día se ubica el estado de Michoacán y fracciones de los de Colima, Jalisco, Guanajuato, México y Guerrero, se debe a fenómenos geológicos de gran antigüedad, compartidos con otras comarcas fisiográficas de nuestro país.

Hará unos 25 millones de años, durante el periodo geológico del llamado Cenozoico, el actual Michoacán era un "hervidero de volcanes", siendo éstos los principales responsables de su configuración geográfica. Aquí se entrecruzaron tres grandes corrientes de burbujas magmáticas que dieron lugar a

la formación de las sierras Madres Occidental y del Sur y a la Faja Volcánica Transmexicana. Esto sucedió después de hundimientos continentales y elevación de los mares (Mesozoico), seguidos por bruscos levantamientos (Cretácico). La Faja Volcánica Transmexicana atraviesa el país de poniente a oriente, desde Colima, Jalisco y Nayarit del lado del Océano Pacífico, hasta cerca de la costa de Veracruz, en el Golfo de México. Se encuentra en ella una extraordinaria acumulación de materiales, ricos en contenidos metálicos y minerales y arenas y rocas de tipo variado; todo esto conforma la región más elevada, fértil y pintoresca del país. Los antiguos tarascos

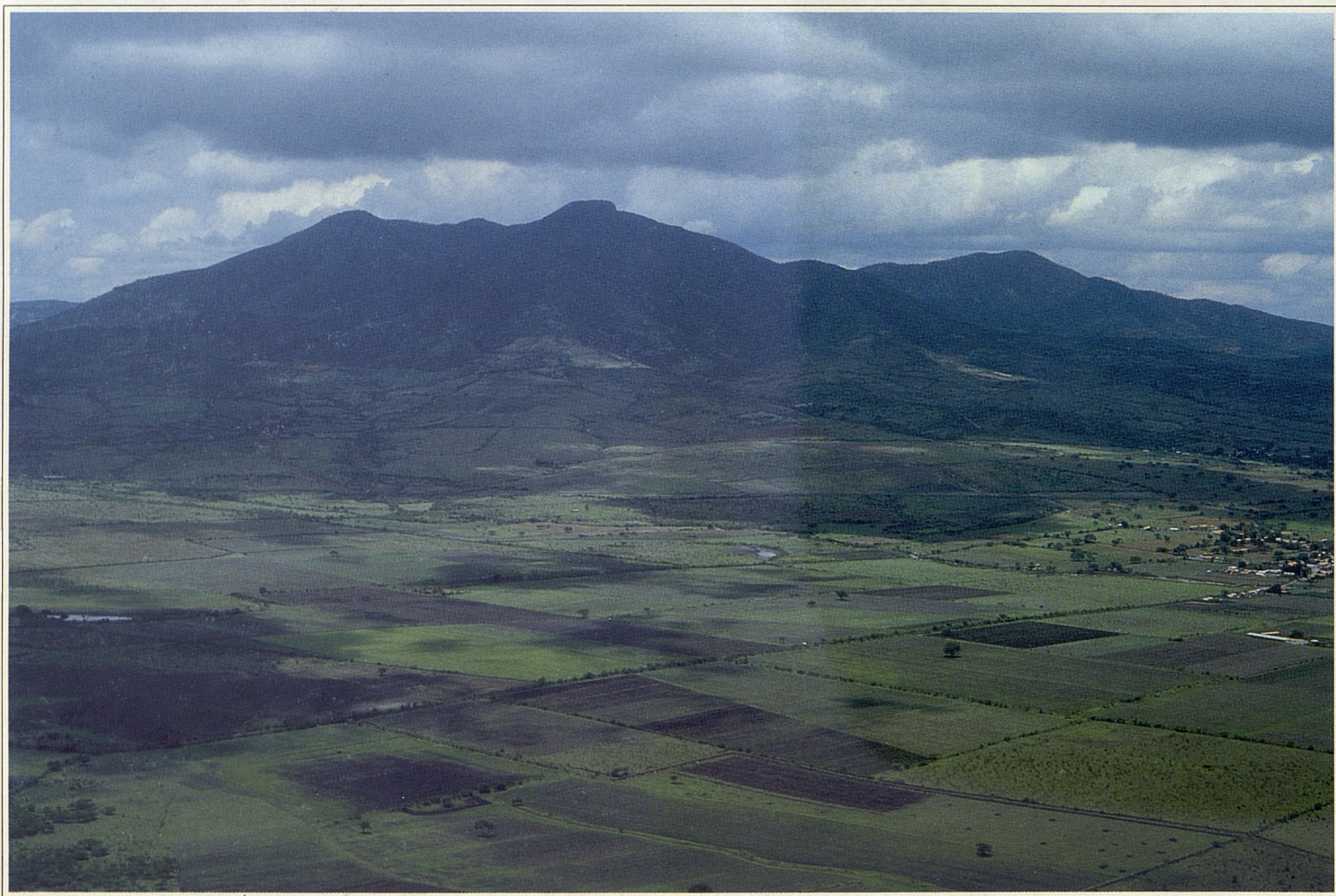
poblaban la parte ocupada por el fracturamiento fundamental de la corteza terrestre que permitió el vulcanismo, y por otra hendidura secundaria, llamada el Arco Tarasco, que arranca desde el Tancitaro —su cerro de mayor altura— hasta la zona de Acambay.

Tuvieron que pasar muchos años para que la lluvia, el viento, la vegetación y la fauna —sobre todo una especie llamada hombre— maquillaran este paisaje. El agua se infiltró en los volcanes formando depósitos subterráneos o se escurrió por sus laderas. Manantiales y corrientes superficiales dieron origen a los ríos, que, buscando su salida hacia el mar encontraron acomodo en dos grandes cuencas: la del río Lerma, que nace en los valles de Toluca y que con sus acarreos aluviales configuró las llanuras del Bajío, del que forma parte el norte michoacano; y otra, la del río Balsas, cuyas fuentes más lejanas, están en

Puebla y Oaxaca, con afluentes provenientes de las montañas de Morelos, Guerrero y el Estado de México y de la propia sierra tarasca, así como de Jalisco, de donde bajan el Carácuaro y el Tepalcatepec. El río Lerma quedó enclaustrado entre las sierras Madres Oriental y Occidental y tuvo que recorrer muchos kilómetros para encontrar un hueco que le permitiera llegar al mar en Nayarit. En su trayecto dejó cubiertos los llanos de lagos y pantanos. El Balsas se enfiló entre las montañas de la Tierra Caliente —vertientes de la Faja Volcánica Transversal o Transmexicana— y las de la Sierra Madre del Sur, que no lo dejaron ver la costa hasta cerca de Zacatula.

Los tarascos dividieron su territorio en una zona central o nuclear, desde donde proyectarían su expansión, y que se localiza en la cuenca cerrada del lago de Pátzcuaro, que también se ubica en una de las

▼ PAISAJE DE LA CUENCA DEL LERMA.





▲ GUILJELMUS BLAEUW, NOVA HISPANIA ET NOVA GALICIA.

7

partes más elevadas de la Faja Volcánica Transversal, toda en el centro-norte del actual estado de Michoacán. Alrededor de este corazón demarcaron una segunda zona que abarcó prácticamente toda la sierra alta. Las provincias eran zonas conquistadas, situadas en ambientes geográficos distintos al serrano, que les proporcionaron recursos básicos y estratégicos. La zona de los valles y ciénegas del norte, en la cuenca del Lerma, era rica en producción agrícola, pesquerías y yacimientos de obsidiana. La Tierra Caliente, la sierra sureña y la costa proveían de productos tropicales, entre los que eran importantes el algodón, el cacao y el tabaco, además de metales (cobre, plata y oro) y conchas marinas. La Sierra Madre del Sur obstaculizó el paso franco de los tarascos hacia las playas del Océano Pacífico. El sur de Jalisco aportaba algo de todo esto junto con sal y salitre. Los límites del territorio estaban con-

figurados por zonas relativamente amplias con frecuentes hostilidades militares, sobre todo al oriente, donde confinaban el Estado tarasco y el mexicana o azteca, o por fortalezas y por fronteras definidas conforme con algún accidente geográfico. Las vías de comunicación, las rutas comerciales, los caminos por los que avanzaban los ejércitos, debieron su trazo a un conocimiento preciso de las quebradas naturales que permitían acortar distancias; sobre todo, aquellas marcadas por el sabio flujo del agua, o con relación a puntos estratégicos de defensa y protección contra asaltantes y enemigos. Beltrán y Pollard se ocupan en este volumen de la forma de organización y administración territorial.

Veamos con mayor detalle lo que las diversas zonas naturales ofrecían a la subsistencia de las sociedades que integraron el Estado tarasco.

La zona centro, la cuenca del lago de Pátzcuaro,

es y ha sido un sistema natural complejo en el que se encuentran desde los recursos que proporcionan los bosques hasta los de origen lacustre, con diversas posibilidades para la agricultura y la elaboración de artefactos, sin dejar de lado los que podían obtenerse mediante la caza y la recolección.

Imaginemos una cuenca mínimamente alterada en su ecología por la acción del hombre. En sus partes altas compartía las características generales de la sierra tarasca. Había un bosque espeso y denso; sus árboles, según la elevación sobre el nivel del mar, eran predominantemente de la especie de *abies* (abetos, oyameles o pinabetes), de *pinus* (una multitud de variedades conocidas popularmente como "pinos"), mixtos de pinos y encinos (*pinus* y *quercus*), y sólo de encinos. La espesura de estos bosques cobijaba una gran variedad de arbustos y hierbas. Para dar una idea de lo que se ha ido perdiendo hoy en día, haremos mención de que los bosques de abetos estaban acompañados de, por lo menos, otros cinco tipos de árboles, más de cuatro especies de arbustos y muchas hierbas. El depósito de follaje boscoso, mezclado con las arenas volcánicas, relleno los huecos entre los cerros con un suelo rico en nutrientes, conocido como "topure". En combinación con un régimen pluvial favorable (entre 1000 y 1600 mm³ de precipitación media anual) y la presencia de neblinas matutinas durante las estaciones secas, en estos pequeños valles todavía pueden obtenerse dos cosechas anuales sin la aplicación de riego. No obstante, fracciones de terreno se dejan descansar en ciclos de barbecho corto para evitar el empobrecimiento de los suelos. Los pueblos prehispánicos fueron sabios y solían tener sus áreas de habitación en los afloramientos rocosos conocidos como "malpaís". En todo este piso ecológico la porosidad del suelo absorbe el agua a manera de esponja, permitiendo que reaparezca en los manantiales de las alturas medias de las sierras, donde el riego permitió que se desarrollaran importantes centros de población.

Raíces, tallos, hojas, flores, semillas y frutos, sin olvidar la maravillosa variedad de hongos silvestres, eran objeto de recolección en diversas temporadas del año. La caza, muy importante debido a la reducida variedad de especies animales domesticadas

(perros, pavos y algunas otras aves), era practicada por especialistas chichimecas, quienes preferentemente apuntaban sus flechas al venado cola blanca, al jabalí y los conejos, pero no despreciaban armadillos, cacomixtles, mapaches, tlacuaches y musarañas. Para poner a prueba su destreza y valor se enfrentaban a jabalíes y a seis tipos de felinos salvajes (gato montés, jaguar, ocelote o "huindiri", tigrillo, onza y puma), así como a águilas y halcones.

La caza de aves era más fructífera e intensa en el medio lacustre, visitado estacionalmente por especies migratorias, entre las que patos y gansos, sobre todo, eran las piezas comunes.

Pero fueron los peces los que dieron fama y nombre a Michoacán. En el lago de Pátzcuaro había abundancia de pescado blanco, charal, acumara, chehua, charamu, tirhú, choromu y sardina, también presentes en las llanuras del Lerma y en Chapala, donde convivían con popochas, pintolas, campamochos y boquerones.

La dieta de los michoacanos incluyó desde siempre especies animales que no todas las culturas consideran comestibles: anfibios y reptiles, gusanos, insectos, lombrices, caracoles, camaroncillos. Finalmente, la miel de abeja y la cera estaban en la lista de los recursos más importantes.

La Tierra Caliente, que debe su nombre a las altas temperaturas que allí se registran y a volúmenes menores de precipitación pluvial (700 a 1000 mm³), aporta sobre todo una gran variedad de especies vegetales. Allí abundan más los matorrales que los bosques; no obstante, sus árboles tenían características que los hacían particularmente valiosos. Producían maderas duras, frutos exóticos y aromas como el copal. Los asentamientos humanos en







▲ JAN JANSSON, NOVA HISPANIA ET NOVA GALICIA.

esta zona siguieron el curso de los ríos, ya que la agricultura de temporal es más que riesgosa, buscando también la cercanía de yacimientos de metales, altamente codiciados por los estratos dominantes de la sociedad tarasca. La costa, finalmente, proveía de recursos marinos; entre ellos destacaban por su importancia suntuaria las conchas.

El trabajo de Ulises Beltrán, que es el que en este volumen abre la serie de estudios sobre el Estado tarasco, por diversas razones permaneció algo más de una década inédito. En él, por primera vez, se presenta un panorama completo de aquella sociedad, muy a la manera de los producidos por John Murra para el Estado inca, y por Pedro Carrasco, a través de múltiples artículos, para el de los mexi-

◀ TIERRA CALIENTE DESDE TACÁMBARO.

cas. Además de lograr este cuadro comprensivo, compara sistemáticamente al Estado tarasco con el de los mexicas, con el propósito de explicar sus diferencias y sus similitudes.

Eduardo Williams resume enseguida el estado de la cuestión relativo a la arqueología en el territorio del Michoacán antiguo. Le sucede Helen Perlstein Pollard con tres ensayos sobre distintos factores que jugaron un papel en el desarrollo del Estado encabezado por los tarascos: la minería y la industria metalúrgicas, el manejo de la etnicidad y la creación de una ideología.

Dan M. Healan y Efraín Cárdenas, en su turno, se refieren a la importancia de otra industria estratégica: la de extracción y manufactura de armas, instrumentos y adornos de obsidiana.

Finalmente, el Estado tarasco es visto desde

dos de sus provincias: una, situada en el centro-norte, desde las estribaciones de la sierra volcánica, en la cuenca de Zacapu, hasta el río Lerma. El breve resumen de los hallazgos en esta zona a cuenta del equipo arqueológico del Centro de Estudios de México y Centroamérica de la Embajada de Francia en México y del Instituto Nacional de Antropología e Historia, está firmado por tres de sus investigadores: Marie-Charlotte Arnauld, Marie-France Fauvet-Berthelot y Dominique Michelet. La otra, situada en el actual estado de Jalisco, enfatiza aspectos de la producción salinera en Sayula y aporta nuevos datos sobre la integración al Estado tarasco de los pueblos sureños de los rumbos de Jalisco. Los autores de este trabajo son Catherine Liot y Francisco Valdez.

En algunos casos los investigadores aportan resultados muy maduros de su búsqueda científica; en otros sus conocimientos son aún muy preliminares.

A sugerencia del doctor Benedict J. Warren, asiduo estudioso de los michoacanos prehispánicos y coloniales, incluimos aquí un documento temprano del siglo XVI, escrito a raíz de un juicio emprendido por la autoridad hacendaria española contra don Pedro de Arellano, quien se apropiara de un tesoro de los indios de Tzintzuntzan evadiendo el pago de impuestos. Los testimonios contenidos en este expediente arrojan luz sobre un sinnúmero de aspectos de la sociedad tarasca prehispánica, entre los que sobresalen la ciencia y la tecnología metalúrgicas, las características de los maestros y obreros en estos oficios y sus relaciones con las autoridades. También contiene ricos materiales para los estudiosos de la historia colonial michoacana.

Deseo expresar aquí el mejor reconocimiento al licenciado Armando M. Escobar Olmedo, secretario de Difusión Cultural de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en Morelia, por la gentileza de prestarnos la copia de este documento proveniente del repertorio del Archivo General de Indias en Sevilla, España, extrayéndolo del acervo de micropelículas por él reunido y generosamente puesto a disposición de los estudiosos en Tiripetío, Michoacán.

A la vez agradezco la entusiasta, experta y valiosísima colaboración de Alberto Carrillo Cázares y

Silvia Méndez Hernández en la paleografía del extenso texto.

Se publican en este volumen dos mapas históricos que, sin ser inéditos, aparecen por primera vez juntos y en varias de sus versiones.

Por cortesía de Martine Chomel reproducimos cuatro variaciones del famoso mapa de Ortelius; a ella se debe la siguiente información sobre ellos.

El gran florecimiento económico que conocieron los Países Bajos en los siglos XVI y XVII, y gracias en parte a la expansión marítima de la navegación, hizo de Amberes primero y luego de Amsterdam el centro de la cartografía europea.

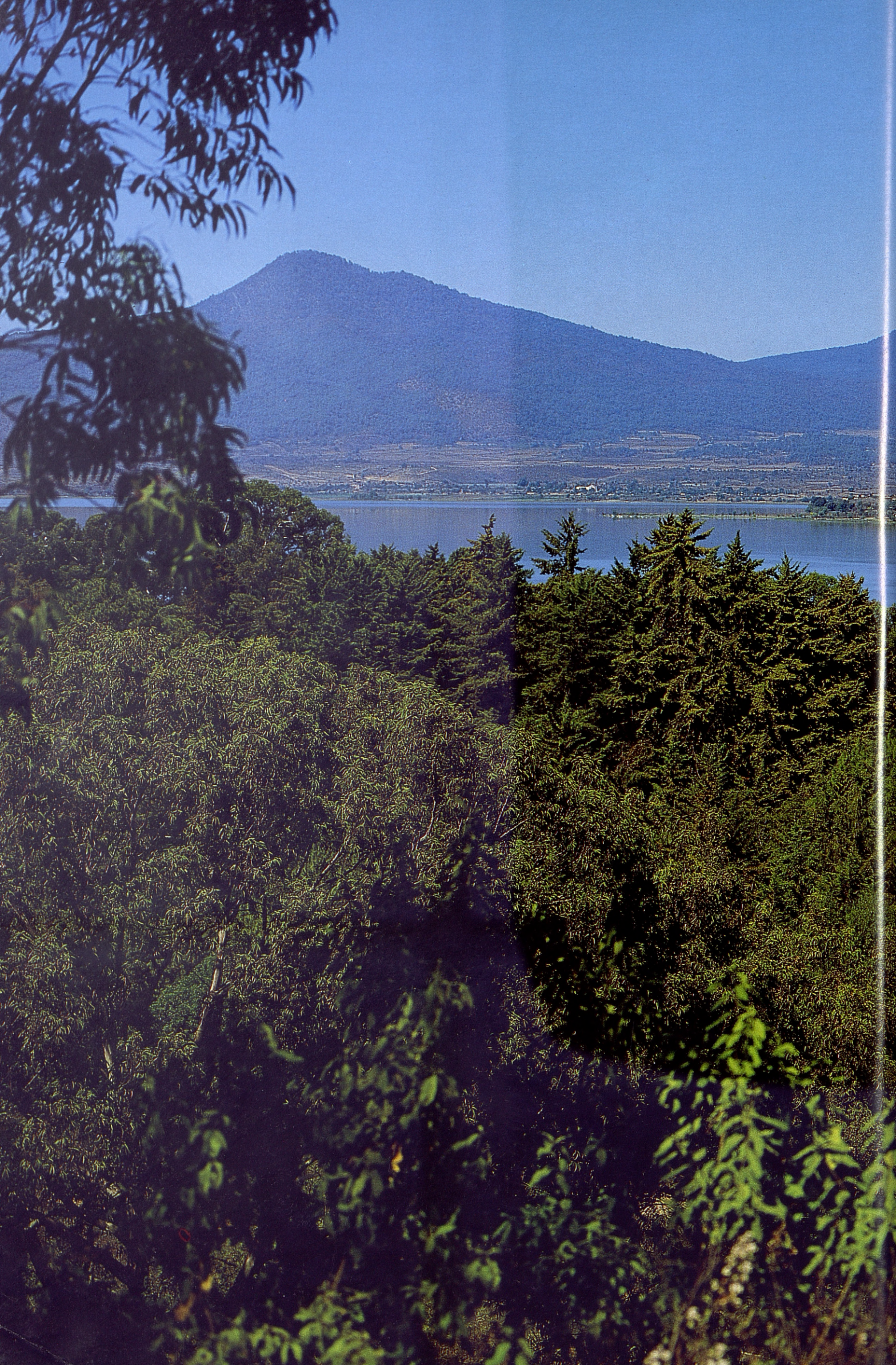
Abraham Ortelius fue el autor del primer atlas moderno, *Theatrum orbis terrarum*, impreso por primera vez en 1570. El éxito de la obra fue tal que se hicieron más de cuarenta ediciones hasta 1612. Cada cinco años, aproximadamente se publicaba un *addimentum* con varios mapas nuevos que después se incorporaban a la siguiente edición del atlas.

Nova Hispania aparece por primera vez en 1579 en la edición latina, la cual fue luego traducida al flamenco, francés, alemán y español. Al dorso del mapa se encuentra la descripción de la Nueva España, con dos líneas reservadas a Michoacán que mencionan a la población tarasca y a las ciudades de Pátzcuaro y Valladolid, sede episcopal del Arzobispado.

Hispaniae Novae nova descriptio pertenece al atlas de Mercator, cuyas placas de cobre fueron adquiridas por Hondius en 1606. Las dos versiones de *Nova Hispania et Nova Galicia* proceden del atlas de William Blaeuw (1635) y del de su competidor Janssonius, cuñado de Hondius. En Colonia en 1600, Matthias Quad von Kinckelbach produce el *Geographisch Handtbuch* y, en 1608, el *Fasciculus geographicus*.

El contenido de los mapas aún no ha sido estudiado. A primera vista parecen idénticos, diferentes sólo en sus aspectos decorativos. La caligrafía de Ortelius y de Mercator es innegable; sus carátulas son plenamente renacentistas, mientras que la de Quad es más sencilla por el tamaño reducido del atlas. Mercator, Hondius, Blaeuw y Janssonius utilizan el mismo escudo de armas de Flandes. El armadillo, símbolo de América, aparece sobre los tableros sostenidos por querubines alados en los mapas de Blaeuw y de Janssonius. Elegantes caravelas cruzan el Mar del Sur entre monstruos marinos y rosa de vientos.

No dejan de ser incógnitas la procedencia y la naturaleza de las fuentes escritas de que dispusie-





ron los cartógrafos para registrar con tal precisión la tan grande cantidad de lugares geográficos. Resolverlas es un reto para futuras investigaciones.

A estas cuatro versiones se agrega el mapa que acompaña el manuscrito de fray Pablo Beaumont, intitulado *Crónica de Michoacán*, que se encuentra en el Archivo General de la Nación y ha sido publicado por esa misma institución y por Nicolás León.



He hablado de muchos esfuerzos que convergen en la realización de este libro. El entusiasmo y la generosidad de muchos michoacanos de origen y por adopción la hicieron posible.

El proyecto surgió de la asesoría de colegas expertos y de la discusión de sus contenidos potenciales. La deuda es en primer lugar con Eduardo Williams, quien se ofreció a elaborar el estado de la cuestión de la arqueología michoacana y aportó valiosas sugerencias sobre autores que debíamos invitar a participar. No satisfecho con esto, colaboró muy activamente en la revisión de textos y, sobre todo, en la selección de las imágenes ilustrativas de la obra. Acompañó al fotógrafo Ricardo Sánchez González a los sitios arqueológicos, a los museos y a los pueblos, aportando sus conocimientos para el logro de este objetivo. En forma similar colaboró Efraín Cárdenas García, autor también en este volumen. Aída Castilleja permitió localizar muchos de los puntos de interés ilustrativos.

Continuamos abonando gratitud a J. Benedict Warren, Carlos Paredes, Carlos Herrejón, Phil Weigand, Heriberto Moreno, Cayetano Reyes, Valentín Juárez y Álvaro Ochoa por sus diversas intervenciones doctas y prácticas en el proyecto, y a José Lameiras por sugerencias bibliográficas.

Enseguida merecen reconocimiento los autores, quienes respondieron en forma espontánea a nuestra invitación y no demoraron en enviar sus textos y materiales. Allí comenzó la tarea editorial de corrección de estilo, traducción, captura de textos, formateo de cuadros, dibujo de mapas y de figuras. Conté con la ayuda de Heriberto Moreno, Paul Kersey y Eduardo Williams para las dos primeras; con la siempre eficiente colaboración de Margarita Martínez Ramos para la tercera, auxiliada por María Luisa Álvarez Zamayoá, Rosa María Manzo Mora y Claudia Ramírez Ochoa, en tanto que Irma Sánchez Navarro contribuyó con su destreza para poner en limpio el trabajo de Beltrán y dar forma a todos los cuadros contenidos en el volumen. Mapas y figuras son resultado del talento de dibujante de Juan Carlos Magaña Díaz.

El grueso de las fotografías ilustrativas salió de las cámaras de Ricardo Sánchez González. Pero tenemos también muestras debidas al oficio de Malcolm Coelho, Javier Manrique, Rafael Álvarez Navarro, Carlos Blanco, Efraín Cárdenas, Dan M. Healan, Francisco Valdez, Ricardo Barthelemy, Ricardo Rizo Valdés, Hebert M. Eling y el equipo del CEMCA. Muy especialmente deseamos agradecer la colaboración de las instituciones que permitieron fotografiar objetos y lugares bajo su custodia, así como a las personas encargadas que otorgaron autorización y facilitaron la tarea: al Departamento Jurídico del INAH; a la directora del Control Regional Morelia del INAH, Cristina Sánchez del Real; al director del Museo Michoacano, René Becerril Patlan y, particularmente, a su museógrafo David Gustavo Aguilar Puente y a Roberto Hernández Vélez, interventor de Bienes Culturales; a los encargados de las zonas arqueológicas de Tzintzuntzan e Ihuatzio; al Instituto Michoacano de Cultura y a su director, el licenciado Jerjes Aguirre Avellaneda y a su jefe de Ediciones y Publicaciones, Pedro A. Velázquez, así como al director del Museo del Estado, José Guadalupe Escamilla; a Daniel Boldó, de la Coordinación Nacional de Difusión del INAH; al licenciado Armando M. Escobar Olmedo, secretario de Difusión Cultural de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; a la entonces directora del Archivo General de la Nación, Leonor Ortiz Monasterio, y a la directora de su

Archivo Histórico Central, Victoria San Vicente Tello; de manera muy especial a Carmen Molina y Clotilde Martínez Ibañez por la ayuda y colaboración en ese Archivo; a Thomas Calvo y Patricia Carot, del Centro de Estudios de México y Centroamérica; al personal de la Biblioteca "Luis González" del Colegio de Michoacán; muy especialmente a la gente de Pátzcuaro, Pichátaro, San Jerónimo Purenchecuario, Tocuro y Urichu, que prestaron su cultura y sus personas para ilustrar este libro. Merece ser destacada la buena disposición del maestro Gerardo Sánchez, al ayudar a localizar fotografías de la Tierra Caliente y la costa, y, en el mismo sentido, la de Valentín Juárez.

A José Luis Ramírez Romero y Camilo Velázquez Guillén, gracias por llevarnos y traernos y acompañarnos.

Pusimos los ingredientes en manos de la diseñadora Natalia Rojas, para que este libro sobre los antiguos tarascos fuera también un deleite estético para el lector. Carlos Alvarado cuidó de la impresión, cuya calidad es atribución de Impresión y Diseño.



Sin ser experta en los asuntos del Michoacán prehispánico, quiero, sin embargo, hacer notar al lector algunas debilidades temáticas en el conjunto de trabajos que integran *El Michoacán antiguo*. Pienso, por ejemplo, que el origen de los tarascos y sus primeros pasos hacia su integración como grupo dominante están aún carentes de explicación sociológica. El apego al mito crea una aparente imagen de ausencia de desarrollo autónomo y refuerza la creencia en factores externos poco definidos como agentes causales de los procesos de complejidad social.

No cabe duda de que la *Relación de Michoacán* es uno de los documentos más preciosos para la etnohistoria de Mesoamérica. No obstante, tengo una

duda: si hubieran sobrevivido más crónicas de las dinastías locales michoacanas, como sucedió en el valle de México, Puebla y Tlaxcala y la Mixteca, ¿no tendríamos otra visión sobre los tarascos y su historia?

Uno de los temas hasta ahora poco atendidos es el del intercambio mercantil. Los investigadores buscan evidencias en las fuentes escritas y en los vestigios arqueológicos de plazas mercado y de comerciantes profesionales, al estilo de los pochtecas. Ante la relativa escasez de indicios, concluyen que tales movimientos de bienes fueron menos importantes que en otras partes de Mesoamérica. Quizá en un futuro las pesquisas nos sorprendan con hallazgos de formas de intercambio de otra índole, comparables, tal vez, a las sudamericanas de control comunal de diversos pisos ecológicos, o a las de obligaciones entre comunidades y castas del sistema jajmani de la India. Pienso que será recomendable atender a la sugerencia de Weigand sobre una economía "mundial" mesoamericana operando, por lo menos, desde el periodo clásico.

Aprendí mucho al hacer este libro, sobre todo, que queda aún mucho por conocer del Michoacán antiguo. Hago votos porque podamos unir esfuerzos las distintas instituciones de investigación michoacanas para publicar sistemáticamente documentos inéditos, porque contemos con recursos para incrementar muy significativamente la exploración arqueológica y para financiar a todos los estudiosos amantes de este terruño.

La colección de micropelículas de documentos en archivos españoles reunida por Escobar Olmedo, así como la que se debe a la labor de Carlos Paredes y Benedict J. Warren, son un buen punto de arranque. Por su parte, Cayetano Reyes tiene detectado un importante acervo en el Archivo Municipal de Pátzcuaro y José Lameiras, al explorar la historia colonial de los tarascos, ha compilado expedientes del Archivo General de la Nación.

Gestos generosos como el del gobernador del estado de Michoacán, licenciado Ausencio Chávez Hernández, son el mejor estímulo para que el trabajo científico prospere y rinda sus mejores frutos.

Brigitte Boehm de Lameiras
Zamora, Michoacán, agosto de 1994